

Jean Racine



FEDRA

Lectulandia

La obra está basada en la tragedia Hipólito de Eurípides, que narra el mito de Fedra. Sin embargo, Racine también tuvo en cuenta las aportaciones al mito de la tragedia de Séneca y Garnier.

Fedra es un personaje de la mitología griega, una princesa cretense, hija de Minos y de Pasífae, hermana de Ariadna. Fue raptada por Teseo. De esta unión tuvieron dos hijos: Acamante y Demofonte. Fedra se enamoró perdidamente de su hijastro, el hijo de Teseo e Hipólita, reina de las Amazonas; pero Hipólito rechazó las insinuaciones de Fedra por respeto a su padre y por su castidad. Despechada y preocupada porque Hipólito pudiera contar lo ocurrido a Teseo, debido a su virtud y sinceridad, lo acusó ante su padre de haber intentado violarla. Irritado y en cólera, Teseo cedió a su hijo a Poseidón, quien envió una bestia marina que espantó a los caballos de Hipólito, que arrastrado por ellos murió ahorcado entre las riendas. Más tarde, Fedra, colmada por la culpa, decide suicidarse. Hay varias versiones del trágico final, ya que el mito de Fedra ha sido inmortalizado en la historia de la literatura por muy diferentes autores distanciados entre ellos por el pasar de los siglos. Entre ellos: Eurípides, Racine, Séneca y Miguel de Unamuno. Según Eurípides, Fedra acaba con su vida antes de que Hipólito muera, dejando una carta donde acusaba a su hijastro y tras la lectura de ésta por parte de Teseo se desarrollan los acontecimientos fatales para la vida del joven.

La tragedia mejor acabada de Racine fue Fedra, que inicialmente se llamó Fedra e Hipólito. Esta pieza se divide en cinco actos de entre cinco y siete escenas. Se inspira en el Hipólito de Eurípides, llegando a ser una imagen especular de éste (según ciertos críticos literarios), sin embargo, ambas obras contienen diferencias significativas, como los rasgos de la moral jansenista en la Fedra de Racine.

En esta obra coexisten diversidad de temas, entre ellos, la libertad subyugada al canon del honor. El amor, la justicia, la gracia, el temor, la ley divina... El amor que concibe el autor es apasionado, exaltado, celoso y criminal. La cuestión del incesto, la traición, la culpa y el amor son los que deciden el destino de los personajes. Igualmente, el hecho de que los dioses aparezcan hace que la vida y los sentimientos de los personajes no estén realmente en sus manos, sino bajo el poder de las divinidades. Los protagonistas son marionetas controladas por las pasiones y acaban fatalmente (Fedra se suicida).

El suicidio es importante en la obra de Racine, ya que sus personajes encuentran en este acto el triunfo de la libertad, pues no pueden vencer a las

pasiones nocivas que consiguen dominar sus existencias insignificantes, que a la vez tan grandiosas. Triunfa la catástrofe.

El personaje de Fedra representa la grandeza trágica; desea ocultarse, desaparecer, porque su amor es imposible y aspira a la totalidad. Sainte Beuve se refiere a Fedra como el drama del “dolor virtuoso”. Hipólito representa la Virtud, la indecisión, y cada personaje está plagado de una psicología propia que algunos comparan al naturalismo: Enrique François: “Racine es más naturalista que su propio siglo, y la vida emotiva de sus personajes llega a presentar caracteres psico-fisiológicos que en nada ceden, por su fondo, a los que gustan de presentar muchas manifestaciones de la literatura moderna”

Roland Barthes, en su obra *Sur Racine* (1963) observó con una perspectiva estructuralista, la obra de Racine, llegando a la conclusión de que el conflicto en Fedra se centra en la expresión verbal y no en la pasión contenida.

Han pasado varios siglos desde que el francés escribiera su obra, y otros se han inspirado igualmente en este mito para hablar de las pasiones. La fatalidad y la intensidad en los sentimientos siguen despertando el interés, no sólo a estudiosos y críticos literarios, sino también a lectores que se fascinan ante lo grandioso de la obra de Racine y el destino fatal de sus personajes.

Lectulandia

Jean Racine

Fedra

ePub r1.2

Titivillus 11.06.15

Título original: *Phèdre*

Jean Racine, 1677

Traducción: María Dolores Fernández Lladó

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PERSONAJES

TESEO, hijo de Egeo, rey de Atenas.

FEDRA, esposa de Teseo, hija de Minos y de Pasifae.

HIPÓLITO, hijo de Teseo y de Antíope, reina de las Amazonas.

ARICIA, princesa de la sangre real de Atenas.

ENONA, nodriza y confidente de Fedra.

TERÁMENES, ayo de Hipólito.

ISMENA, confidente de Aricia.

PÁNOPE, mujer del séquito de Fedra. Guardias.

La escena transcurre en Trecene, ciudad del Peloponeso.

ACTO PRIMERO

Escena Primera

Hipólito, Terámenes

HIPÓLITO.— He tomado mi decisión: parto, querido Terámenes, y dejo mi morada en la amable Trecene. Comienzo a sonrojarme de mi ociosidad en medio de la mortal duda que me agita. Separado de mi padre desde hace más de seis meses, desconozco el destino de un ser tan caro; ignoro hasta los parajes que puedan esconderlo.

TERÁMENES.— ¿Y en qué parajes vais, pues, señor, a buscarlo? Para satisfacer vuestros justos temores, he recorrido los dos mares que Corinto separa; he preguntado por Teseo a los pueblos de esas costas desde donde se ve al Aqueronte internarse en el reino de los muertos; he visitado la Elida, y, tras pasar el Trénaro, llegué hasta el mar que vio caer a Ícaro. ¿Por qué nueva esperanza, en qué comarcas dichosas, creéis descubrir la huellas de sus pasos? ¿Quién sabe, incluso, si el Rey vuestro padre no quiere que se descubra el misterio de su ausencia? ¿Y quién sabe si, mientras temblamos con vos por sus días, aquel héroe, tranquilo, y ocultándonos nuevos amores, no aguarda que una amante engañada...?

HIPÓLITO.— Caro Terámenes, deténte y respeta a Teseo. Arrepentido para siempre de los errores de su juventud, no lo retiene ningún obstáculo indigno; hace mucho tiempo que Fedra fijó la fatal inconstancia de sus deseos y no teme ya rival alguna. Al buscarlo cumpliré con mi deber, y huiré de estos lugares, adonde no me atrevo ya a volver los ojos.

TERÁMENES.— ¡Eh! ¿Desde cuándo teméis señor, la presencia en estos apacibles lugares, tan caros a vuestra infancia, y cuyo retiro vi que preferíais al tumulto pomposo de Atenas y de la corte? ¿Qué peligro, o mejor, qué pesar os arroja de ellos?

HIPÓLITO.— Ya no existe aquel tiempo feliz. Todo cambió de rostro desde que los Dioses enviaron a estas playas a la hija de Minos y de Pasifae.

TERÁMENES.— Comprendo: conozco la causa de vuestros dolores. Aquí Fedra os atormenta y mortifica vuestros ojos. Apenas tan peligrosa madrastra os vio, vuestro destierro señaló el comienzo de su predominio. Pero su

odio, antes dedicado a vos, o se ha desvanecido o bien se ha debilitado. Por otra parte, ¿qué peligros puede hacer os correr una mujer agonizante y que desea morir? Fedra, herida por un mal que ella se obstina en callar, cansada de sí misma y hasta de la luz que la alumbra, ¿acaso puede maquinar designios contra vos?

HIPÓLITO.— No es su vana enemistad lo que temo. Hipólito, al partir, huye de otra enemiga; confieso que huyo de esa joven Aricia, resto de una sangre fatal contra nosotros conjurada.

TERÁMENES.— ¡Cómo, señor! ¿También vos la perseguís? ¿Alguna vez la dulce hermana de los crueles Palántidas participó en las conjuras de sus pérfidos hermanos? ¿Y debéis odiar vos sus encantos inocentes?

HIPÓLITO.— Si la odiara no huiría de ella.

TERÁMENES.— ¿Señor, me atreveré a explicarme vuestra fuga? ¿Acaso no seríais ya aquel soberbio Hipólito, enemigo implacable de las amorosas leyes y del yugo que tantas veces sufrió Teseo? ¿Venus, despreciada tanto tiempo por vuestro orgullo, querrá al fin justificar a Teseo, y colocándolos a la altura del resto de los mortales os obliga a incensar sus aras? ¿Acaso amáis, señor?

HIPÓLITO.— ¿Qué osas decir, amigo? ¿Tú, que conoces mi corazón desde su primer latido, puedes pedir la retractación vergonzosa de los sentimientos de corazón tan fiero y desdeñoso? Era poco que una madre amazona me hiciera mamar con su leche este orgullo que te maravilla; llegado a más madura edad, yo mismo me aplaudí al conocerme. Tú, unido a mí con sincero fervor, me contabas entonces la historia de mi padre, Sabes cómo mi alma, pendiente de tu voz se encendía con el relato de sus nobles hazañas, cuando me pintabas al intrépido héroe mientras consolaba a los mortales de la ausencia de Alcides, ahogados los monstruos y castigados los bandidos, Procusto, Cerción, y Escirrón y Sinnis, y los esparcidos huesos del gigante de Epidauro, y Creta humeante de la sangre del Minotauro. Pero cuando tú relatabas hechos menos gloriosos, su amor ofrecido y recibido en cien sitios; Helena arrebatada a sus parientes de Esparta; Salamina, testigo de los llantos de Peribea; y tantas otras cuyos nombres han sido olvidados, almas por demás crédulas que engañó su ardor: Ariadna que cuenta sus agravios a las rocas, Fedra por fin, raptada bajo mejores auspicios; tú sabes que, escuchándote a mi pesar te rogaba a menudo que abreviaras tu relato. Hubiera sido feliz si consiguiera

borrar de mi mente esa indigna mitad de tan bella historia. ¿Y yo mismo, a mi vez, me veré ligado? ¿Y hasta aquí me habrían humillado los Dioses? Tanto más despreciable ya con mis cobardes suspiros, cuanto que una larga serie de hazañas excusa a Teseo, mientras que hasta hoy ningún monstruo fue domado por mí que me otorgara el derecho de caer como él. ¿Y aun cuando mi orgullo alcanzara a endulzarse, hubiera debido yo escoger a Aricia como su vencedora? ¿No recordarán ya mis extraviados sentidos el obstáculo eterno que nos separa? Mi padre la repudia, y por leyes severas prohíbe dar sobrinos a sus hermanos: teme un retoño de su tallo culpable; quiere sepultar sus nombres con la hermana, quiere que sumisa a su tutela hasta la tumba, jamás se enciendan para ella los fuegos de himeneo. ¿Debo yo apoyar sus derechos contra un padre irritado? ¿Daré tal ejemplo de temeridad? Y mi juventud, embarcada en un loco amor...

TERÁMENES.— Ah, señor, si ha llegado vuestra hora, al cielo no le interesan nuestras razones. Al querer cerrároslos Teseo os abrió los ojos; y su odio, irritando un ardor rebelde, otorga a su enemiga un encanto nuevo. En fin ¿por qué espantaros de un amor casto? ¿No osáis probar, si existe alguna dulzura en él? ¿Seréis siempre fiel a vuestro huraño escrúpulo? ¿Tememos extraviarnos en las huellas de Hércules? ¿Qué coraje no ha tomado Venus? Vos mismo, vos que la combatís, ¿dónde estaríais si Antíope, siempre opuesta a sus leyes, no hubiera ardidado en púdico ardor por Teseo? ¿Acaso es útil fingir un lenguaje desdeñoso? Confesadlo, todo cambia; y desde hace algún tiempo se os ve con menos frecuencia, salvaje y orgulloso, tan pronto hacer volar un carro en la ribera, o bien, hábil en el arte inventado por Neptuno, volver dócil al freno un corcel salvaje. Menos a menudo resuenan las selvas con nuestros gritos. Cargados de secreto fuego se agravan vuestros párpados. No es posible dudarlos: amáis, ardéis; perecéis de disimulado mal. ¿Pudo agradaros la encantadora Aricia?

HIPÓLITO.— Terámenes, parto para buscar a mi padre.

TERÁMENES.— Señor, ¿no veréis a Fedra antes de partir?

HIPÓLITO.— Tal es mi propósito: puedes enunciárselo. Veámosla, puesto que mi deber me lo ordena. ¿Mas qué nueva desgracia perturba a su querida Enona?

Escena Segunda

Hipólito, Enona, Terámenes

ENONA.— ¡Ay, señor! ¿Qué pesar puede igualar al mío?, la Reina casi llega a su fatídico término. Inútilmente me empeño a observarla día y noche: se muere en mis brazos, de un mal que me oculta. Un eterno desorden reina en su espíritu, y su inquieto pesar la arranca del lecho. Quiere ver la luz, y su profundo dolor me ordena sin embargo que haga apartar a todos. Ya viene.

HIPÓLITO.— Basta: la dejo en este lugar y le ahorro un semblante odioso.

Escena Tercera

Fedra, Enona

FEDRA.— No vayamos más lejos. Quedémonos aquí, cara Enona. No puedo más: las fuerzas me dejan. La luz que vuelvo a ver deslumbra mis ojos, y mis temblorosas rodillas ceden bajo mi peso. ¡Ay!

ENONA.— (Se sienta). ¡Dioses omnipotentes, que nuestras lágrimas os aplaquen!

FEDRA.— ¡Cómo me pesan estos velos, estos vanos adornos! ¿Qué mano importuna, entrelazando todos estos nudos, se tomó el trabajo de reunir los cabellos sobre mi frente? Todo me aflige y me molesta, todo se conjura en dañarme.

ENONA.— ¡Cómo se destruyen unos a otros todos sus deseos! Hace un instante, vos misma, en la condena vuestros injustos designios, excitabais nuestras manos a que os adornaran; vos misma, recordando vuestra antigua salud, queríais mostraros y volver a mirar el día. Ya lo veis, señora, ¿queréis ahora esconderos y odiáis la luz que veníais a buscar?

FEDRA.— Noble y brillante tronco de una familia desventurada, tú de quien mi madre solía jactarse de ser hija, y que te sonrojas acaso de mi presente turbación, Sol, vengo a contemplarte por última vez.

ENONA.— ¿Cómo? ¿No abandonaréis tan cruel deseo? ¿Os veré siempre, renunciando a la vida, entregaros a los funestos preparativos de vuestra muerte?

FEDRA.— ¡Dioses! ¡Así estuviera yo sentada a la sombra de los bosques! ¿Cuándo podré, a través de un noble torbellino, seguir con la vista un carro que huye en la carrera?

ENONA.— ¿Cómo, señora?

FEDRA.— ¡Insensata! ¿Dónde estoy? ¿Y qué he dicho? ¿Dónde dejo extraviar mi espíritu y mis deseos? Perdí la razón: los Dioses me la arrebataron.

Enona, el rubor me abrasa el rostro; demasiado permito que veas mis vergonzosos dolores; a mi pesar, los ojos se me llenan de lágrimas.

ENONA.— ¡Ah, si habéis de sonrojaros, enrojeced por un silencio que agría más aún la violencia de vuestros males! Rebelde ante todo nuestros cuidados, sorda ante todas nuestras razones, ¿queréis implacablemente dejar acabar vuestros días? ¿Qué furor los detiene en mitad de su carrera? ¿Qué encantamiento o qué veneno ciega su frente? Por tres veces las sombras han oscurecido el cielo desde que el sueño no penetra en vuestros ojos, y por tres veces el día ha arrojado a la oscura noche desde que vuestro cuerpo languidece sin alimento. ¿Por qué espantoso designio os dejáis tentar? ¿Con qué derecho os atrevéis a atentar contra vos misma? Ofendéis a los Dioses, autores de vuestra vida; traicionáis al esposo a quien os enlaza la fe; traicionáis hasta a vuestros hijos desventurados, que precipitáis bajo riguroso yugo. Pensad que un mismo día les arrebatará a su madre y devolverá la esperanza al hijo de la extranjera, a ese fiero enemigo vuestro y de vuestra sangre, ese hijo que una Amazona llevó en su vientre, ese Hipólito...

FEDRA.— ¡Ah, Dioses!

ENONA.— Este reproche os conmueve.

FEDRA.— ¡Desgraciada! ¿Qué nombre ha salido de tu boca?

ENONA.— ¡Y bien! Vuestra cólera estalla con razón: me gusta veros estremecer ante ese nombre funesto. Vivid, pues. Que el amor y el deber os animen a ello. Vivid, no permitáis que el hijo de una escita, en tanto agobia a vuestros hijos bajo su odioso imperio, gobierne a la sangre más ilustre de Grecia y de los Dioses. Pero no tardéis, cada minuto os mata. Reparad rápidamente vuestras abatidas fuerzas mientras la llama de vuestros días prontos a consumirse dura aún y puede reanimarse.

FEDRA.— Demasiado prolongué su duración culpable.

ENONA.— ¿Cómo? ¿Qué remordimientos os desgarran? ¿Qué crimen ha podido producir tan premiosa pena? ¿No se habrán manchado vuestras manos con sangre inocente?

FEDRA.— Gracias al cielo, mis manos no son criminales. ¡Ojalá hicieran los

Dioses que mi corazón fuera tan inocente como ellas!

ENONA.— ¿Y qué terrible proyecto habéis concebido, de que aún sigue espantado vuestro corazón?

FEDRA.— Ya te he dicho bastante. Ahórrame el resto. Muero para evitarme confesión tan funesta.

ENONA.— Morid, pues, manteniendo ese inhumano silencio pero buscad otra mano para que os cierre los ojos. Aunque os quede apenas una débil lumbre, mi alma será la primera en bajar entre los muertos. Mil caminos abiertos conducen siempre hacia allí, y mi justo dolor elegirá los más cortos. Cruel, ¿cuándo os decepcionó mi fidelidad? ¿Pensáis en que mis brazos os recibieron al nacer? Todo lo dejé por vos, mi país, mis hijos. ¿Y a mi adhesión habríais reservado este premio?

FEDRA.— ¿Qué frutos esperas de tanta violencia? Te estremecerás de horror si rompo mi silencio.

ENONA.— ¿Y qué me diréis que exceda ¡oh Dioses!, al horror de veros expirar ante mis propios ojos?

FEDRA.— Cuando conozcas mi crimen y la suerte que me agobia, no dejaré de morir por eso, pero moriré más culpable.

ENONA.— Señora, en nombre de las lágrimas que por vos he vertido, por vuestras débiles rodillas que abrazo, librad mi espíritu de esta funesta incertidumbre.

FEDRA.— Tú lo quieres. Levántate.

ENONA.— Hablad, os escucho.

FEDRA.— ¡Cielos! ¿Qué decirle y por dónde empezar?

ENONA.— ¡Dejad de ofenderme con vuestros vanos temores!

FEDRA.— ¡Oh cólera de Venus! ¡Oh fatal odio! ¡En qué extravíos arrojó el amor a mi madre!

ENONA.— Olvidadlos señora, y que hasta el futuro más lejano un silencio eterno esconda este recuerdo.

FEDRA.— ¡Ariadna, hermana mía, herida de qué amor moriste en las playas donde fuiste abandonada!

ENONA.— ¿Qué hacéis, señora? ¿Qué mortal sufrimiento os anima hoy contra toda vuestra sangre?

FEDRA.— Pues que Venus lo quiere, perezca yo la última y la más mísera de esa deplorable estirpe.

ENONA.— ¿Amáis?

FEDRA.— Siento todos los furores del amor.

ENONA.— ¿Por quién?

FEDRA.— Oirás el colmo del horror. Amo... Ante ese nombre fatal tiemblo, me estremezco. Amo...

ENONA.— ¿A quién?

FEDRA.— ¿Conoces al hijo de la Amazona, ese príncipe al que tanto tiempo oprimí yo misma?

ENONA.— ¿Hipólito? ¡Dioses eternos!

FEDRA.—Tú lo nombraste.

ENONA.— ¡Justo cielo! ¡Toda la sangre se me hiela en las venas! ¡Oh desesperación! ¡Oh crimen! ¡Oh deplorable raza! ¡Viaje infortunado! Desdichada costa, ¿por qué aproximarse a tus plazas temibles?

FEDRA.— Mi mal viene de más lejos. Apenas me hube entregado al hijo de Egeo bajo la ley del matrimonio, y cuando mi reposo y mi dicha parecían haberse consolidado, Atenas me mostró mi soberbio enemigo; lo conocí, me sonrojé, palidecí al mirarlo; la turbación se apoderó de mi alma extraviada; mis ojos no veían ya, no podía hablar; sentí arder y helarse todo mi cuerpo; y reconocí a Venus y sus llamas temibles, inevitables tormentos de una sangre por ella perseguida. Creí apartarlos con mis votos asiduos; le edifiqué un templo y procuré ornarlo; yo misma, rodeada de víctimas a toda hora, buscaba en sus entrañas mi extraviada razón. ¡Impotentes remedios para un amor incurable! Inútilmente mis manos quemaban el incienso sobre las aras,

cuando mi boca imploraba el nombre de la Diosa, yo adoraba a Hipólito; y viéndolo sin cesar incluso al pie de los altares que alimentaba, todo lo ofrecía a ese dios a quien ni siquiera osaba nombrar lo evitaba en todas partes. ¡Oh colmo de desgracia! Mis ojos volvían a encontrarlo en los rasgos de su padre. Por fin quise rebelarme contra mí misma; animé mi corazón a perseguirlo. Para desterrar a mi enemigo idolatrado fingí los enojos de una madrastra injusta: apuré su destierro, y mis eternos clamores lo arrancaron del seno y de los brazos paternos. Respiré, Enona; y desde el día de su ausencia, mis horas, menos agitadas, transcurrieron inocentes. Sumisa a mi esposo, y ocultando mis tristezas, cuidé los frutos de su fatal enlace. ¡Vanas precauciones! ¡Cruel destino! Conducida a Trecene por mi propio esposo, volví a ver al enemigo a quien habla alejado: mi herida demasiado viva sangró inmediatamente. Y ya no es un ardor escondido en mis venas: es Venus toda, íntegramente adherida a su presa. He concebido un justo terror por mi crimen; odié la vida y me horrorizó mi pasión. Muriendo quería resguardar mi honor y ocultara la luz, pasión tan negra; no he podido resistir tus lágrimas, tu asedio; lo he confesado todo; y no me arrepiento de ello, siempre que respetando la proximidad de mi muerte no me aflijas más con injustos reproches, y que tu socorro deje de invocar un resto de calor pronto ya a extinguirse.

Escena Cuarta

Fedra, Enona, Pánope

PÁNOPE.— Señora, quisiera ocultaros una triste nueva; pero debo revelároslo. La muerte os ha arrebatado a vuestro invencible esposo, y sois ahora la única que ignora esta desgracia.

FEDRA.— ¡Pánope! ¿Qué dices?

PÁNOPE.— Que la Reina, engañada, en vano pide al cielo el retorno de Teseo, y que, por naves llegadas al puerto su hijo Hipólito acaba de saber su muerte.

FEDRA.— ¡Cielos!

PÁNOPE.— Atenas se divide por la elección de un rey Al Príncipe vuestro hijo, señora, otorga una parte su voto y la otra, olvidando las leyes del Estado, se atreve a dar sufragio al hijo de la extranjera. Hasta se dice que una insolente facción quiere colocar en el trono a Aricia y la sangre de Palante. Mi deber era advertiros acerca de este peligro. Hipólito mismo está ya pronto a partir, y se teme, aparece en esta nueva tormenta, que arrastre consigo a todo el inconstante pueblo.

FEDRA.— Es suficiente, Pánope. La reina, que te comprende, no descuidará tu importante aviso.

Escena Quinta

Fedra, Enona

ENONA.— Señora, no quería ya apremiaros a vivir, hasta pensaba yo seguiros a la tumba; no tenía ya voz para apartaros de ella, pero esta nueva desgracia os prescribe otras leyes. Vuestra fortuna cambia y toma otro rostro: el Rey no existe, señora; hay que ocupar su lugar. Su muerte os deja un hijo a quien os debéis, esclavo si os pierde, rey si vos vivís. ¿En quién queréis que se apoye en su desgracia? Su llanto no tendrá ya mano que lo enjague llegando hasta los Dioses sus inocentes quejas, irán a irritar contra su madre a sus abuelos. Vivid, ya no tenéis que haceros reproche alguno: vuestro amor se convierte en una pasión común. Al expirar, Teseo ha roto los lazos que constituían todo el crimen y el horror de vuestros ardores. Hipólito es para vos menos temible; podéis verle sin convertirlos en culpable. Acaso, convencido de vuestro odio, va a suministrar un jefe a la sedición. Arrancadlo de su error, doblegad su corazón. Rey de estas felices playas, Trecene es su patrimonio, pero él sabe que las leyes otorgan a vuestro hijo las orgullosas murallas que construyó Minerva. Tenéis uno y otra una enemiga común: uníos, los dos, para combatir a Aricia.

FEDRA.— ¡Y bien! Me dejo llevar por tus consejos. Vivamos, si se me puede traer de nuevo hacia la vida, y si el amor de un hijo, en esta hora aciaga, puede reanimar el resto de mis débiles fuerzas.

ACTO SEGUNDO

Escena Primera

Aricia, Ismena

ARICIA.— ¿Hipólito pide verme en este lugar? ¿Hipólito me busca y quiere decirme adiós? ¿Dices verdad, Ismena? ¿No has sido engañada?

ISMENA.— Es la primera consecuencia de la muerte de Teseo. Señora, preparaos a ver volar hacia vos desde todas partes los corazones que alejó Teseo. Por fin Aricia es dueña de su suerte y bien pronto verá a sus pies a toda la Grecia.

ARICIA.— ¿Así que no es un rumor incierto, Ismena? ¿Dejo de ser esclava y mi enemigo ya no existe?

ISMENA.— No, señora, los Dioses ya no nos son adversos; Teseo se ha reunido a los manes de vuestros hermanos.

ARICIA.— ¿Se sabe qué aventura acabó con sus días?

ISMENA.— Acerca de su muerte se tejen increíbles versiones. Se dice que, raptor de una nueva amante, las olas tragaron al esposo infiel. Se dice también, y este rumor corre por todas partes, que, habiendo descendido con Píritoo a los infiernos, contempló el Cocito y sus sombrías márgenes y se mostró vivo a las infernales, sombras: pero que no ha podido salir de aquella triste mansión ni trasponer las playas donde se arriba para no volver.

ARICIA.— ¿Deberé creer que un mortal antes de su postrera hora pueda penetrar en la profunda morada de los muertos? ¿Qué hechizo lo atraía hacia sus playas temibles?

ISMENA.— Teseo ha muerto, señora, y sois vos la única que duda de ello. Atenas lo llora, lo sabe Trecene, y ya reconoce a Hipólito como a su rey. En su palacio, Fedra, que tiembla por su hijo, pide consejo a sus arrogos alarmados.

ARICIA.— ¿Y tú crees que, más humano para mí que su padre, Hipólito aligerará mi cadena? ¿Qué se compadecerá de mis desgracias?

ISMENA.— Lo creo, señora.

ARICIA.— ¿Acaso conoces al insensible Hipólito? ¿Sobre qué frívola esperanza te apoyas para pensar que de mí se apiade y que en mí sola respete un sexo que desdeña? Sabes cuánto tiempo hace que evita nuestros pasos y elige todos los sitios para no encontrarnos.

ISMENA.— Conozco cuanto se dice acerca de su frialdad; pero he visto junto a vos a ese orgulloso Hipólito: y hasta el mismo rumor de su fiereza ha redoblado mi curiosidad. No me pareció que su porte respondiera a su fama; lo vi confuso desde vuestra primer mirada. Sus ojos, que en vano querían escaparos, llenos ya de languidez, no podían abandonaros. Quizás ofenda su orgullo el nombre de amante, pero de ello tiene los ojos, si no la lengua.

ARICIA.— ¡Con qué avidez escucha mi corazón, cara Ismena, una plática que acaso tiene muy poco fundamento! ¿Te parece probable a ti que me conoces, que el triste juguete de implacable destino, corazón siempre alimentado de amargura y de lágrimas, deba conocer el amor y sus locos dolores? Resto de la sangre de un rey, noble hijo de la Tierra, fui la única en escapar a los furros guerreros. En la florida estación perdí a seis hermanos: ¡qué esperanza de una ilustre estirpe! El hierro todo lo cosechó, y la tierra, humedecida, bebió a su pesar la sangre de los descendientes de Erecto. Tú sabes qué severa ley, después de su muerte, prohibió a todos los griegos amarme: se teme que la llama audaz de la hermana llegue a reanimar un día las cenizas fraternas. Pero tú sabes también con qué desdeñosos ojos miré ese anhelo de un vencedor desconfiado. Sabes que, opuesta siempre al amor, agradecí a menudo al injusto Teseo, este rigor feliz que secundaba mis desdenes. En aquel tiempo mis ojos, mis ojos no habían contemplado a su hijo. No es que sólo, cobardemente encantada por los ojos, ame en él su belleza, su gracia tanto alabada, presentes con que la naturaleza ha querido honrarlo y que él mismo desprecia y parece ignorar. Amo y admiro en él riquezas más nobles, las virtudes de su padre sin sus debilidades. Amo en él, confesaré, ese orgullo generoso que jamás cedió al amoroso yugo. Fedra podía honrarse con los suspiros de Teseo: en cuanto a mí, soy más orgullosa, y huyo la gloria fácil de conquistar un homenaje a otras mil ofrecido y entrar en un corazón abierto por todos sus costados. Pero hacer doblegar un inflexible coraje, llevar el dolor a un alma insensible, encadenar a un cautivo atónito de sus hierros, vanamente rebelado contra un yugo que le

place: eso es lo que quiero, eso es lo que me excita. Costaba menos desarmar a Hércules que a Hipólito; vencido más a menudo, y con más frecuencia abatido, otorgaba menos a los ojos que lo domaron. Pero ¡ay, cara Ismena! ¡Qué imprudencia la mía! Se me opondrá demasiada resistencia. Acaso me escuches, humilde en mi aflicción, lamentarme de esa misma soberbia que hoy admiro. ¿Amarla a Hipólito? ¿Por qué extrema dicha hubiera yo podido doblegar...?

ISMENA.— Lo escucharéis de él mismo. Viene a vos.

Escena Segunda

Hipólito, Aricia, Ismena

HIPÓLITO.— Señora, antes de partir, he creído mi deber preveniros acerca de vuestra suerte. Mi padre ya no existe. Mi desconfianza presagiaba justamente las razones de su ausencia por demás prolongada: sólo la muerte, poniendo fin a sus brillantes esfuerzos podía ocultarle por tanto tiempo al universo. Los Dioses entregan por fin a la homicida Parca al amigo, al compañero, al sucesor de Alcides. Creo que vuestro odio, el perdonar sus virtudes, escuchará sin desagrado estos nombres que le son debidos. Una esperanza endulzó mi mortal congoja: podía libertaros de una pesada tutela. Revoco las leyes cuyo rigor lamentaba. Podéis disponer de vos, de vuestro corazón; y en esta Trecene, hoy mi patrimonio, antaño herencia de mi abuelo Piteo, que me ha reconocido sin vacilar como su rey, os dejo tan libre y aun más libre que yo.

ARICIA.— Moderad esas bondades cuyo exceso me desconcierta. Honrar mi desgracia con tan generosas atenciones es colocarme, señor, más de lo que os imagináos, bajo esas austeras leyes de que me habéis dispensado.

HIPÓLITO.— Atenas, incierta en la elección del sucesor, habla de vos, me nombra, y nombra al hijo de la Reina.

ARICIA.— ¿De mí, señor?

HIPÓLITO.— Sé, y no me jacto de ello, que una soberbia ley parece rechazarme. Los griegos me reprochan una madre extranjera. Pero si no tuviera más rival que mi hermano, poseo sobre él, señora, derechos muy reales que sabría imponer al capricho de las leyes. Un freno más legítimo es el que detiene mi audacia: os cedo, o más bien os devuelvo, un sitial, un cetro que antaño recibieron vuestros abuelos de aquel famoso mortal a quien concibió la tierra. La adopción lo puso entre las manos de Egeo. Protegida y acrecentada por mi padre, Atenas reconoció con júbilo a rey tan generoso, y olvidó a vuestros desgraciados hermanos. Ahora, Atenas os llama dentro de sus muros. Bastante ha sufrido por tan largo conflicto. Vuestra sangre sorbida por los surcos, ha hecho humear demasiado los campos de donde surgió.

Trecene me obedece. Las campiñas de Creta ofrecen al hijo de Fedra un opulento retiro. Vuestro patrimonio es el Ática. Parti o reunir para vos todos los votos dispersos entre nosotros.

ARICIA.— Atónita y confusa de cuanto oigo, temo casi, temo que un sueño me engañe. ¿Estoy despierta? ¿Puedo creer en semejante designio? ¿Qué dios, señor, qué dios lo puso en vuestro pecho? ¡Que en todas partes germine vuestra bien ganada gloria! ¡Cómo supera la verdad al renombre! ¿Queréis traicionaros vos mismo en favor mío? No es suficiente que no me hayáis odiado, que durante tan largo tiempo hayáis podido proteger vuestra alma de esta enemistad...

HIPÓLITO.— ¿Odiaros yo, señora? Por más sombríos colores con que hayan pintado mi orgullo ¿creéis que un monstruo me ha llevado en su seno? ¿Qué costumbres salvajes, que odio endurecido, podrían veros sin endulzarse? ¿Pude yo resistir al engañoso encanto...?

ARICIA.— ¿Cómo Señor?

HIPÓLITO.— Me he comprometido demasiado. Veo que la razón cede a la violencia. Señora, puesto que he comenzado a romper el silencio, preciso es que continúe: preciso es que os informe de un secreto que mi corazón no puede ya guardar. Tenéis delante a un príncipe digno de compasión, ejemplo famoso de temerario orgullo. Yo, rebelado con violento orgullo contra el amor, que tanto tiempo insulté los hierros de sus cautivos, que lamenté los naufragios de los débiles mortales y pensé siempre contemplar desde la costa sus tormentas, ¡con qué turbación me veo ahora sometido a la ley común, arrastrado fuera de mí mismo! Un instante ha vencido mi imprudente audacia: esta alma tan llena de soberbia cesó de ser libre. Desde hace más de seis meses, avergonzado, desesperado, llevando a todas partes el dardo que me desgarrar contra vos y contra mí en vano me agito: presente, os huyo; ausente, os encuentro; hasta en el fondo de los bosques me persigue vuestra imagen; la luz del día, las sombras de la noche, todo reproduce a mis ojos los encantos que evito; todo os entrega a discreción al rebelde Hipólito. Como único fruto de mis inútiles precauciones, yo mismo me busco ahora sin encontrarme. Mi arco, mis jabalinas, mi carro, todo me molesta; no recuerdo ya las lecciones de Neptuno; sólo mis gemidos hacen resonar las selvas, mientras olvidan mi voz mis ociosos corceles. Acaso la confesión de un amor tan salvaje haga que os sonrojéis de vuestra obra al escucharme. ¡Qué plática feroz para un corazón que se ofrece! ¡Qué extraño cautivo para tan dulce lazo! Pero

por eso mismo debe ser más preciosa a vuestros ojos la ofrenda. Pensad que os hablo en un lenguaje que me es extraño, y no rechazéis deseos mal expresados que Hipólito sin vos no hubiera concebido nunca.

Escena Tercera

Hipólito, Aricia, Terámenes, Ismena

TERÁMENES.— Señor, viene la Reina, yo me le he adelantado. Os busca.

HIPÓLITO.— ¿A mí?

TERÁMENES.— Ignoro sus propósitos. Pero han venido a preguntar por vos de parte suya. Fedra quiere hablaros antes de vuestra partida.

HIPÓLITO.— ¿Fedra? ¿Qué le diré? ¿Y qué puede esperar?

ARICIA.— Señor, no podéis rehusaros a oírla. Aunque bien convencido de su enemistad, debéis alguna sombra de piedad a sus lágrimas.

HIPÓLITO.— Mientras tanto os alejáis. Y yo parto. ¡Y sin saber si he ofendido los encantos que adoro! No sé si ese corazón que dejo en vuestras manos...

ARICIA.— Partid, príncipe, y ejecutad vuestros generosos designios. Convertid a Atenas en tributaria de mi poder. Yo acepto todos los dones que queráis hacerme. Pero sabed que ese imperio tan grande y tan glorioso no es, a mis ojos, el más precioso de vuestros presentes.

Escena Cuarta

Hipólito, Terámenes

HIPÓLITO.— ¿Todo está pronto, amigo? Pero la reina se adelanta. Que todo se prepare con diligencia para la partida. Haz que den la señal, corre, ordena y regresa enseguida a librarme de una conversación molesta.

Escena Quinta

Fedra, Hipólito, Enona

FEDRA.— (*A Enona*) Aquí está. Toda la sangre me afluye al corazón. Olvido, viéndole, lo que vine a decirle.

ENONA.— Acordáis de un hijo que sólo en vos espera.

FEDRA.— Señor, se dice os aleja de nosotros una inmediata partida. Vengo a unir mis lágrimas a vuestros dolores. Vengo a explicaros mis alarmas con respecto a mi hijo. Mi hijo ya no tiene padre, y no está lejano el día que lo haga también testigo de mi muerte. Ya mil enemigos asedian su infancia, y vos sólo podéis abrazar contra ellos su defensa. Pero un secreto remordimiento agita mi espíritu. Temo haber cerrado vuestro oído a mis clamores. Tiemblo de que vuestra justa ira persiga pronto a través de él a una diosa madre.

HIPÓLITO.— Señora, no tengo sentimientos tan bajos.

FEDRA.— Aunque me odiarais, señor, no me quejaría. Me habéis visto encarnizada en vuestro daño; y no podíais leer en el fondo de mi corazón. Me esforcé en merecer vuestra enemistad. No podía sufriros en los parajes que habitaba. Declarada contra vos en público y en secreto, he querido que nos separaran los mares; hasta prohibí por ley expresa que pronunciaran ante mí vuestro nombre. Y sin embargo, si se mide la pena por la ofensa, si sólo el odio puede atraer vuestro odio, nunca mujer alguna fue más digna de compasión y menos merecedora, señor, de vuestra enemistad.

HIPÓLITO.— Una madre, preocupada por los derechos de sus hijos, rara vez perdona al hijo de otra esposa, lo sé, señora. Las sospechas importunas son las frutas más comunes de un segundo matrimonio. Cualquiera otra hubiera alimentado contra mí la misma desconfianza, y quizás hubiera debido yo soportar mayores ultrajes.

FEDRA.— ¡Ah, señor, cómo ha querido el cielo, al que oso invocar aquí, exceptuarme de esta ley común! ¡Bien diferente es el cuidado que me devora y me perturba!

HIPÓLITO.— Señora, no es el momento de que así os emocionéis. Quizá vuestro esposo ve aún la luz del día; el cielo puede acordar su retorno ante vuestras lágrimas. Neptuno lo protege: el dios tutelar no será invocado en vano por mi padre.

FEDRA.— Señor, nadie contempla dos veces la playa de los muertos. Puesto que Teseo ha alcanzado sus sombrías márgenes, inútilmente esperáis que un dios nos lo reintegre: el avaro Aqueronte no suelta su presa. ¿Qué digo? Él no está muerto, pues que respira en vos. Paréceme tener siempre a mi esposo ante mis ojos, lo veo, lo hablo; y mi corazón... Me extravió, señor, mi loco ardor a mi pesar se revela.

HIPÓLITO.— Observo el prodigioso efecto de vuestro amor. Aun muerto, Teseo está presente a vuestros ojos. ¿Continúa vuestra alma encendida en amor por él?

FEDRA.— Sí, príncipe, languidezco, ardo por Teseo. Yo lo amo, no tal como lo han visto los infiernos, versátil adorador de mil mujeres que va a deshonar el tálamo del dios de los muertos, sino fiel, orgulloso y hasta un poco feroz, joven, encantador, llevándose tras de sí los corazones, tal como describen a nuestros Dioses o como a vos os veo. Tenía vuestro porte, vuestro lenguaje, vuestros ojos, el mismo noble pudor coloreaba su frente, cuando atravesó las olas de nuestra Creta, digno objeto del amor de las hijas de Minos. ¿Qué hacíais vos entonces? ¿Por qué reunió él, sin Hipólito, a la flor de los héroes de Grecia? ¿Por qué no pudisteis vos, todavía muy joven, entrar en el navío que lo condujo a nuestras costas? A vuestras manos hubiera perecido el monstruo de Creta a pesar de todos los rodeos de su vasta guarida. Para aclarar su inextricable confusión, mi hermana hubiera armado vuestra diestra con el hilo fatídico. Pero no, yo me hubiera adelantado a su proyecto: el amor me hubiera inspirado antes esa idea. Yo, príncipe, yo hubiera sido la que con su eficaz concurso os hubiera enseñado las vueltas del Laberinto. ¡Cuántas preocupaciones me hubiera costado esa cabeza encantadora! Ni un hilo hubiese bastado para tranquilizar a vuestra amante. Compañera del peligro que debíais buscar, hubiera querido marchar delante de vos yo misma; y, descendiendo con vos al laberinto, Fedra se hubiera perdido con vos o con vos triunfado.

HIPÓLITO.— ¡Dioses! ¿Qué es lo que oigo? Señora, ¿olvidáis vos que Teseo es mi padre y vuestro esposo?

FEDRA.— ¿Y por qué suponéis, príncipe, que pierdo la memoria de ello?
¿Habría perdido todo cuidado de mi fama?

HIPÓLITO.— Perdonad, señora. Confieso, sonrojándome, que erróneamente acusé vuestras inocentes razones. Mi vergüenza no puede ya sostener vuestra mirada y voy a...

FEDRA.— Ah, cruel, demasiado me entendiste. Te he dicho lo suficiente para que no te equivocarás. ¡Y bien! Conoce, pues, a Fedra y sus furores. Amo. Pero no creas que mientras te amo me siento delante de mí misma inocente, ni que mi cobarde complacencia haya nutrido el veneno de este loco amor que perturba mi ánimo. Desgraciado blanco de las venganzas celestes, me aborrezco más aún de lo que tú me detestas. Los Dioses son mis testigos, esos Dioses que han encendido la sangre en mi seno con fatídica llama; esos Dioses que se han cubierto de cruel gloria extraviando el corazón de una débil mortal. Revive tú mismo el pasado en tu alma. Poco me fue el huirte, cruel, llegué a desterrarte quise parecerte odiosa, inhumana; para mejor resistirte me busqué tu odio. ¿De qué me sirvieron tan inútiles agitaciones? Si tú me odiabas más, no te amaba yo menos. Nuevos encantos te prestaban aún tus desgracias. Languidecí, me desequé en mis ardores y en mis llantos. Te bastarían los ojos para persuadirte, si pudieran tus ojos contemplarme un momento. ¿Qué digo? ¿Esta confesión que acabo de hacerte, esta confesión vergonzosa, la crees voluntaria? Temblando por un hijo a quien no osaba traicionar, venía a suplicarte que no le odiaras. ¡Débiles propósitos para un corazón demasiado lleno de lo que ama! ¡Ay!, no he podido hablarte más que de ti mismo. Véngate, castígame por tan odioso amor. Digno hijo del héroe que te dio la vida, libra al universo de un monstruo que te exaspera. ¡La viuda de Teseo se atreve a amar a Hipólito! Créeme, este horrible monstruo no debe huir; he aquí mi corazón. Aquí debe herir tu mano. Impaciente ya por expiar su culpa, siento que se adelanta al encuentro de su brazo. Hiere. O si lo crees indigno de tus golpes, si tu odio me envidia tan dulce suplicio, si tu mano se mancharía con sangre demasiado vil, a falta de tu brazo préstame tu espada. Dame.

ENONA.— ¿Qué hacéis, señora? ¡Justos Dioses! Pero se acercan. Evitad testigos odiosos; venid, entrad, huid de una vergüenza segura.

Escena Sexta

Hipólito, Terámenes

TERÁMENES.— ¿Es Fedra la que huye, o, mejor, la que se llevan? ¿Por qué, señor, por qué esas señales de angustia? Os falta la espada, estáis desconcertado, pálido.

HIPÓLITO.— Huyamos, Terámenes. Grandísima es mi sorpresa. No puedo mirarme sin horror a mí mismo. Fedra... Pero no. ¡Dioses, que en profundo olvido permanezca amortajado tan terrible secreto!

TERÁMENES.— Si queréis partir, lista está la vela. Pero Atenas se ha declarado ya, señor. Sus jefes han recogido los votos de todas las tribus. Vuestro hermano gana y Fedra le sigue.

HIPÓLITO.— ¿Fedra?

TERÁMENES.— Un heraldo encargado de transmitir la voluntad de Atenas acaba de entregarle las riendas del Estado. Su hijo es rey, señor.

HIPÓLITO.— Dioses, que la conocéis, ¿es su virtud acaso lo que recompensáis?

TERÁMENES.— Sin embargo, un sordo rumor afirma que el Rey vive. Se pretende que ha aparecido Teseo en el Espiro. Pero yo, señor, que lo he buscado allí, sé demasiado bien

HIPÓLITO.— No importa, oigámoslo todo y no descuidemos nada. Examinemos ese rumor remontándonos a su fuente. Si no merece interrumpir mi marcha, partamos y a cualquier precio pongamos el cetro en manos dignas de llevarlo.

ACTO TERCERO

Escena Primera

Fedra, Enona

FEDRA.— ¡Ah! ¡Llévense lejos los honores que me envían! ¿Puedes desear que me vean, importuna? ¿Con qué vienes a halagar mi espíritu desolado? Mas bien procura ocultarme: he hablado por demás. Osaron esparcirse fuera mis furores. Y he pronunciado aquello que jamás debió oírse. ¡Cielos! ¡Cómo me escuchaba! ¡Con cuántos rodeos eludió largo tiempo mis palabras, el insensible! ¡De qué modo anhelaba una pronta retirada! ¡Y cómo redobló mi vergüenza su rubor! ¿Por qué estorbaste mi funesto designio? ¡Ay! ¿Palideció por mí cuando su espada iba a buscar mi seno? ¿Me la arrancó? Bastó que mi mano la tocara sólo una vez para que se volviera horrible a sus ojos inhumanos; profanaría ya sus manos ese desdichado acero.

ENONA.— Así, al pensar solamente en lamentar vuestras desgracias, alimentáis un fuego que debería extinguirse. ¿No sería mejor, como digna descendiente de Minos, buscar vuestro reposo en más nobles afanes, recurrir a la fuga contra aquel ingrato, reinar y asumir, la dirección del Estado?

FEDRA.— ¡Yo reinar! ¡Yo regir un Estado con mi ley, cuando mi débil razón no reina ya sobre mí! ¡Cuando he abandonado el dominio de mis sentidos! ¡Cuando respiro apenas bajo un vergonzoso yugo! ¡Cuando me muero!

ENONA.— Huid.

FEDRA.— No puedo dejarlo.

ENONA.— Osasteis desterrarlo y no osáis huir de él.

FEDRA.— Ya no es tiempo. El sabe de mis insensatos ardores. Han sido traspuestos los límites del pudor austero. Ante los ojos de mi vencedor confesé mi vergüenza, y la esperanza se deslizó en mi corazón, a despecho mío. Tú misma, reanimando mis desfallecidas fuerza y mi alma, errante ya sobre mis labios, has sabido revivirme con tus aduladores consejos. Tú me has hecho atisbar que podía

amarlo.

ENONA.— Ay, inocente o culpable de vuestras desdichas, ¿de qué no hubiera sido capaz por salvaros? Pero si alguna vez la ofensa irritó vuestro espíritu ¿podéis olvidar los desprecios de ese furioso? ¡Con qué ojos crueles os dejó su obstinado rigor poco menos que prosternada a sus pies! ¡Qué odioso lo volvía su feroz orgullo! ¡Ah! ¿Por qué no tuvo mis ojos Fedra en ese instante?

FEDRA.— Enona, él puede abandonar ese orgullo que te hiere. Tiene la rudeza de los bosques en que fue criado. Endurecido por costumbres salvajes, Hipólito oye hablar de amor por primera vez. Acaso la sorpresa ha provocado su silencio, y acaso nuestras quejas son demasiado violentas.

ENONA.— Pensad que una bárbara lo ha llevado en su seno.

FEDRA.— Ella amó, sin embargo, aunque fuera escita y bárbara.

ENONA.— Él tiene un odio fatal contra, todo nuestro sexo.

FEDRA.— Así no temeré rivales. Pasó la época de tus consejos, Enona. Sirve a mi furor y no a mi razón. El opone al amor un corazón inaccesible: busquemos el punto débil para atacarlo. Parece que lo conmueven las delicias del poder; Atenas lo atraía sin que pudiera ocultarlo; hacia ella dirigían la proa sus navíos, y ya la vela flotaba abandonada al viento. Enona, ve a hablar en mi nombre a ese ambicioso joven: haz que la diadema brille ante sus ojos. Que sobre su frente descansa la sacra corona; yo no quiero otro honor que el de unirlo a mí. Cedámosle ese poder que soy inútil para conservar, Él instruirá a mi hijo en el arte del gobierno; quizá acceda a servirle de padre, Yo dejo en su poder al hijo y a la madre. En fin, ensaya cualquier medio para que ceda: tus palabras serán mejor acogidas que las mías. Urge, llora, gime; píntale a Fedra moribunda; no te ruborices de tomar una voz suplicante. Te aprobaré en todo; sólo en ti espero. Ve, aguardo tu vuelta para disponer de mí.

Escena Segunda

Fedra, sola

FEDRA.— Oh tú, implacable Venus, que ves la vergüenza en la que he caído, ¿estoy bastante humillada? Ya no podrías llevar más lejos tu crueldad. Tu triunfo es perfecto; todos tus dardos han dado en el blanco. Cruel, si quieres nuevas glorias, ataca a un enemigo que sea para ti más rebelde que yo. Hipólito te huye; desafiando tu enojo, jamás ha doblado la rodilla en tus altares. Tu nombre parece ofender sus soberbios oídos. Véngate, diosa: son iguales nuestras querellas. Que él ame... Pero, ¿vuelves ya sobre tus pasos, Enona? Me detestan, no te escuchan.

Escena Tercera

Fedra, Enona

ENONA.— Señora, es necesario ahogar todo pensamiento de ese vano amor. Recordad vuestra pasada virtud: el Rey a quien se creyó muerto va a presentarse a vuestra vista; Teseo ha llegado, Teseo está aquí. El pueblo corre y se precipita a verlo. Salí a cumplir vuestra orden y buscaba a Hipólito, cuando mil gritos subiendo hasta el cielo...

FEDRA.— Mi esposo vive; es suficiente, Enona. He hecho la indigna confesión de un amor que lo ultraja; y vive: no necesito saber más.

ENONA.— ¿Cómo?

FEDRA.— Te lo predije; mas tú no lo has querido. Sobre mis justos remordimientos prevalecieron tus lágrimas. Esta mañana hubiera muerto digna; seguí tus consejos, y muero deshonrada.

ENONA.— **ENONA.** ¿Morís, vos?

FEDRA.— ¡Justo cielo! ¿Qué he hecho hoy? Mi esposo va a llegar junto con su hijo. Veré al testigo de mi adúltero amor observar con qué cara, oso abordar a su padre, el corazón pesado de los suspiros que no escuchó, los ojos húmedos de las lágrimas que rechazó el ingrato. ¿Piensas tú que, velando por el honor de Teseo, ha de ocultarle el ardor que me consume? ¿Dejará traicionar a su padre y rey? ¿Podrá contener el horror que por mí siente? Callaría en vano. Conozco mis culpas, Enona, y no soy de esas mujeres atrevidas que gozando de una tranquila paz en el crimen han sabido forjarse una frente que no enrojece nunca. Conozco mis furores todos los recuerdos. Paréceme ya que y estos muros, que estas bóvedas, adquieren la palabra, y, prontos a acusarme, esperan a mi esposo para desengañarlo de mí. Muramos. Que la muerte me libere de tantos horrores. ¿Es acaso una gran desdicha dejar de vivir?, la muerte no asusta al desdichado. Temo sólo la fama que dejo tras de mí: ¡espantosa herencia para mis tristes hijos! La sangre de Júpiter debe henchirlos de orgullo; pero, por legítimo que sea el orgullo inspirado por tan bella estirpe, grave peso es el crimen de una madre. Tiemblo de que algún día se les eche en cara la culpa de

su madre con alguna frase ¡ay!, demasiado cierta. Tiemblo de que, oprimidos bajo ese odioso peso, no osen nunca alzar sus ojos el uno ni la otra.

ENONA.— No lo dudo, y los compadezco a ambos; jamás hubo temor más justificado que el vuestro. Pero, ¿por qué vais a exponerlos a tales afrentas? ¿Por qué declarar contra vos misma? Esto es hecho: se dirá que Fedra, demasiado culpable, huye el temible aspecto de su traicionado esposo. Feliz será Hipólito de que, a expensas de vuestra vida, vos misma apoyéis sus palabras, muriendo. ¿Qué podré contestar yo a vuestro acusador? Seré confundida por él fácilmente. Lo veré gozar de su horrible triunfo y contar vuestra vergüenza a quien quiera oírla. ¡Ah, prefiero que las celestes llamas me devoren! Pero no me engañéis: ¿lo amáis aún? ¿Con qué ojos miráis a ese atrevido príncipe?

FEDRA.— Aparece a mis ojos como un monstruo espantable.

ENONA.— ¿Por qué entonces cederle íntegra la victoria? Vos le teméis. Osad acusarle, la primera, del crimen con que hoy puede agobiaros. ¿Quién os desmentirá? Todo habla en contra suya: su espada, que felizmente quedó en vuestras manos, vuestra turbación actual, vuestro pasado dolor, su padre prevenido por vuestras voces desde hace largo tiempo, y hasta su destierro que vos misma obtuvisteis.

FEDRA.— ¿Que ose yo oprimir y calumniar la inocencia?

ENONA.— Mi cuidado no necesita más que de vuestro silencio. Tan temblorosa como vos, sufro algunos remordimientos, y preferiría afrontar mil muertes, pero ya que os perdería sin ese triste recurso, vuestra vida tiene para mí un precio ante el cual se doblega. Hablaré. Teseo, irritado por mis noticias, limitará su venganza al destierro de su hijo. Aun cuando castiga, señora, un padre siempre es padre: un ligero suplicio es suficiente para su cólera. Pero aunque se derramara sangre inocente, ¿qué no exige vuestro amenazado honor? Es un tesoro demasiado precioso para comprometerlo. Debéis someteros, señora, a la ley que os dicte: y para salvar nuestro honor en peligro, es necesario inmolarlo todo, hasta la virtud. Ya vienen; veo a Teseo.

FEDRA.— ¡Ah!, yo veo a Hipólito; en sus ojos insolentes veo escrita mi pérdida. Haz lo que quieras, me abandono a ti. Nada puedo por mí misma en la turbación en que me debato.

Escena Cuarta

Teseo, Hipólito, Fedra, Enona, Terárnenes

TESEO.— Señora, la fortuna cesa de oponerse a mis ansias; y pone en vuestros brazos...

FEDRA.— Detenéos, Teseo, y no profanéis tan amables transportes. Yo no merezco ya esa diligencia. Habéis sido ofendido. La celosa fortuna no quiso perdonar a vuestra esposa durante vuestra ausencia. Indigna de agradaros y de aproximarme a vos no debo pensar en adelante más que en esconderme.

Escena Quinta

Tesco, Hipólito, Terámenes

TESEO.— ¿Qué extraña acogida es la que se hace a vuestro padre, hijo mío?

HIPÓLITO.— Sólo Fedra puede explicar este misterio. Pero mis encendidas súplicas pueden conmoverte, permitidme, señor, no volver a verla; aceptad que el tembloroso Hipólito desaparezca para siempre de los lugares que vuestra esposa habite.

TESEO.— ¿Vos abandonarme, hijo mío?

HIPÓLITO.— Yo no la he buscado: fuisteis vos quien dirigisteis sus pasos hacia estas playas. Al partir, señor, os dignasteis dejar a la Reina y a Aricia en las costas de Trecene. Yo mismo quedé encargado de cuidarlas. ¿Pero qué deberes pueden retenerme desde ahora? Bastante ya mi juventud ociosa ha mostrado en los bosques su destreza contra enemigos viles. ¿No podría yo, huyendo este indigno reposo, teñir mis jabalinas con más gloriosa sangre? Vos no habíais alcanzado aún mi edad, y ya más de un tirano, más de un monstruo feroz, sentían el peso de vuestro brazo. Ya, feliz perseguidor de la insolencia, habíais limpiado las costas de dos mares. Dejó de temer asechanzas el libre viajero, Hércules, confiado en el eco de vuestras hazañas, ya descansaba de su trabajo en vos. Y yo, hijo desconocido de tan glorioso padre, estoy lejos todavía hasta de las huellas maternas. Permitid que ose por fin utilizar mi valor. Permitid que, si algún monstruo pudo escaparos, traiga yo a vuestros pies sus honrosos despojos, o que la imperecedera memoria de una hermosa muerte, eternizando días tan noblemente acabados, pruebe ante el mundo entero que era yo vuestro hijo.

TESEO.— ¿Qué veo? ¿Qué horror, esparcido en estos jugares, hace huir desatinada a mi familia ante mi presencia? Si regreso tan temido y tan poco deseado, ¿para qué me sacaste de mi prisión, oh cielo? Yo no tenía más que un amigo. Su imprudente deseo iba a raptar la esposa del tirano del Epiro serví a mi pesar sus amorosos planes; pero la suerte irritada, nos cegó a ambos. Sorprendióme el tirano indefenso y sin armas. He visto a Píritoo, triste objeto de mi llanto, entregado por

ese bárbaro a monstruos crueles a los que nutría con sangre de los desdichados hombres. A mí mismo me encerró en cavernas oscuras, profundos lugares próximos al imperio de las sombras. Por fin, después de seis meses, me miraron los Dioses: pude engañar los ojos de mis guardianes, libré a la naturaleza de un pérfido enemigo, y él mismo sirvió de pasto a sus monstruos. Pero cuando pienso aproximarme con transporte a todo cuanto los Dioses me dejaron de más querido ¿qué digo?, cuando mi alma, devuelta a sí misma, viene a saciarse en tan cara contemplación, no hallo por toda acogida más que estremecimiento, todo huye, todo rechaza mi abrazo. Y yo mismo, experimentando el terror que provoco, quisiera estar aún en las prisiones del Epiro. Hablad, Fedra se queja de que he sido ultrajado. ¿Quién me traicionó? ¿Por qué no he sido vengado? La Grecia, a quien mi brazo sirvió tantas veces, ¿acordó algún asilo al criminal? No me respondéis. ¿Está mi hijo, mi propio hijo, de acuerdo con mis enemigos? Entremos. Esto es prolongar demasiado una duda que me agobia. Conozcamos a la vez el crimen y el culpable. Que Fedra explique en fin, la turbación en que la veo.

Escena Sexta

Hipólito, Terárnenes

HIPÓLITO.— ¿A qué tendía ese discurso que me heló de espanto? Fedra, presa siempre de su extremo furor, ¿quiere acusarse y perderse a sí misma? ¡Dioses! ¿Qué dirá el Rey? ¡Qué funesto veneno ha esparcido el amor en toda su casa! ¡A mí mismo, consumido en un fuego que su odio reprueba, cómo me vio antes y cómo me recobra! Negros presentimientos vienen a espantarme. Pero, en fin, nada tiene que temer la inocencia. Vamos, busquemos por medio de qué feliz arbitrio podré conmovier la ternura de mi padre, para confesarle un amor que él puede querer perturbar, pero que su poder entero no alcanzaría a destruir.

ACTO CUARTO

Escena Primera

Teseo, Enona

TESEO.— ¡Ah! ¿Qué es lo que oigo? Ese traidor, ese temerario, ¿había de preparar tal insulto al honor de su padre? ¡Destino, con qué rigor me persigues! No sé adónde voy ni dónde estoy. ¡Oh ternura, oh bondad mal recompensada! ¡Audaz proyecto! ¡Idea detestable! Para alcanzar el objetivo de sus negros amores, el insolente recurrió al auxilio de la fuerza. He reconocido el acero, instrumento de su rabia, ese acero con que lo armé para un uso más noble. ¿Todos los lazos de la sangre no han podido retenerlo? ¿Y Fedra difería su castigo? ¿Protegía su silencio al culpable?

ENONA.— Fedra protegía más bien a un padre desdichado. Avergonzado de los designios del furioso amante, y del fuego criminal que ardía en sus ojos, Fedra, moría, señor, y su mano matadora apagaba la inocente luz de su mirada. La vi alzar el brazo, corrí a socorrerla. Yo sola he sabido conservarla a vuestro amor; y lamentando a la vez su emoción y vuestros temores, he servido, a mi pesar, de intérprete a sus lágrimas.

TESEO.— ¡Pérfido! No ha podido evitar el palidecer. Lo he visto estremecerse de temor al abordarme, y quedó atónito de su poca alegría. Sus fríos abrazos helaron mi ternura. Pero amor culpable que lo devora ¿se había manifestado ya en Atenas?

ENONA.— Señor, acordáos de las quejas de la Reina. Un criminal amor era la causa de su odio.

TESEO.— ¿Y ese amor ha vuelto a comenzar en Trecene?

ENONA.— Señor, os he dicho cuanto ha ocurrido. Descuidamos demasiado a la Reina, entregada a su dolor mortal. Permitid que os deje y vaya junto a ella.

Escena Segunda

Tesco, Hipólito

TESEO.— ¡Ah! ¡Aquí está, oh Dioses! ¿Qué ojos no se hubieran engañado como los míos ante esa noble presencia? ¿Debe brillar el sacro carácter de la virtud sobre la frente de un profanador adúltero? ¿No debería reconocerse, por seguros signos, el pérfido corazón de los hombres?

HIPÓLITO.— Señor, ¿puedo preguntaros qué funesta nube ha podido perturbar vuestro augusto semblante? ¿No osáis confiar ese secreto a mi fidelidad?

TESEO.— Pérfido, ¿y osas comparecer ante mí? Monstruo a quien por demasiado tiempo perdonó el rayo, resto impuro de los bandidos de que purgué la tierra, ¿después de haber llegado hasta el lecho de tu padre con el furor de los transportes de un amor horrendo te atreves a mostrar tu enemiga cabeza, te presentas en los lugares impregnados de tu infamia, en vez de ir a buscar, bajo desconocidas miradas, países adonde no haya llegado aún mi nombre? Huye, traidor. No desafíes mi odio, ni tienes un enojo que retengo apenas. Me basta con el eterno oprobio de haber podido engendrar tal hijo, sin que además tu muerte, vergonzosa para mi recuerdo, manche ahora la gloria de mis nobles actos. Huye; y si no quieres que un castigo inmediato te añada a los miserables que castigó esta mano, cuídate de que jamás el astro que nos ilumina te vea asentar en este sitio un pie temerario. Huye, te digo; y apresurando tus pasos sin regreso, libra a todos mis Estados de tu horrible presencia. Y tú, Neptuno, tú, si mi valor limpió antaño tus riberas de infames asesinos, acuérdate de que como premio a mis felices trabajos prometiste realizar el primero de mis deseos. Durante los largos rigores de una cruel prisión yo no lloré tu inmortal poderío. Avaro del socorro que de ti espero, mis ansias te han guardado para menester más grave. Hoy te imploro. Ven a un padre desgraciado. Abandono este traidor a tu íntegra cólera; ahoga en su sangre sus descarados deseos: Teseo reconocerá tu bondad en tus furores.

HIPÓLITO.— ¡Fedra acusa a Hipólito de un amor criminal! Tal exceso de horror me sobrecoge el ánimo; tantos golpes imprevistos me aplastan a

la vez, que me quitan el habla y ahogan mi voz.

TESEO.— Traidor, pretendías que Fedra amortajara tu insolencia brutal en un cobarde silencio. Cuando huiste hubiera sido preciso no abandonar en sus manos el acero que ayuda a condenarte; o mejor, hubiera sido preciso, colmando tu infamia, arrebatarle de un mismo golpe el habla y la vida.

HIPÓLITO.— Justamente irritado por mentira tan negra, debería hacer hablar aquí la verdad, señor; pero suprimo un secreto que os hiere. Aprobad el respeto que me cierra la boca: y sin querer aumentar vos mismo vuestros pesares, pensad en quién soy y examinad mi vida. Algunos crímenes preceden siempre a los crímenes más grandes. Quien pudo tranquear las fronteras legítimas puede, en fin, violar los derechos más sagrados. El crimen tiene su escala, como la virtud, y jamás se ha visto a la tímida inocencia pasar de súbito al desenfreno. Un solo día no convierte a un virtuoso mortal en un cobarde incestuoso, en un pérfido asesino. Criado en el seno de una casta heroína, no he desmentido el origen de mi sangre. Piteo, juzgado como sabio entre todos los hombres, se dignó también instruirme al salir de sus manos. No quiero pintarme con favor excesivo; pero si alguna virtud me ha correspondido en suerte, señor, creo sobre todas las cosas haber hecho resaltar el odio de las maldades que osan imputarme. Por ello conocen a Hipólito en Grecia. He llevado la virtud hasta la rudeza. Sabido es el inflexible rigor de mis enfados. No es más diáfano el día que el fondo de mi corazón. Y se pretende que Hipólito, presa de un fuego impío...

TESEO.— ¡Sí, cobarde!, es ese mismo orgullo el que te condena. Comprendo el odioso origen de tus frialdades: Fedra era la única que deleitaba tus impúdicos ojos; y tu alma, indiferente a todo otro objeto, se negaba a abrasarse en inocente llama.

HIPÓLITO.— No, padre mío, este corazón, no puedo ya ocultároslo, ha consentido en arder en un casto amor. Confieso a vuestros pies mi verdadera ofensa: yo amo, y amo, cierto es a pesar de vuestras órdenes. Arícia tiene sujetos a su ley mis anhelos. Vencido fue vuestro hijo por la hija de Palante. La adoro, y mi alma, rebelde a vuestras prohibiciones, no puede suspirar ni arder más que por ella.

TESEO.— ¿Tú la amas? ¡Cielo! Pero no, el artificio es grosero. Te finges, criminal, para justificarte.

HIPÓLITO.— Señor, hace seis meses que huyo de ella y la amo. Temblando venía a confesároslo a vos mismo. ¿Y qué? ¿Nada puede apartaros de vuestro error? ¿Con qué terrible juramento hay que asegurároslo? Que la tierra, y el cielo, y toda la naturaleza...

TESEO.— Siempre han recurrido al perjurio los malvados. Cesa, cesa, y ahórrame una importuna plática, si no tiene otros recursos tu falsa virtud.

HIPÓLITO.— Os parece falsa y llena de artificios. Fedra, en el fondo de su corazón, me hace mayor justicia.

TESEO.— ¡Ah, cómo excita mi enojo tu imprudencia!

HIPÓLITO.— ¿Qué plazo y qué lugar prescribís a mi destierro?

TESEO.— Aunque estuvieras más allá de las columnas de Hércules, creería estar aún demasiado próximo a un miserable.

HIPÓLITO.— Cargado con el espantoso crimen de que me sospecháis reo, ¿qué amigos me compadecerán si vos me abandonáis?

TESEO.— Ve a buscar amigos cuya funesta estimación honre el adulterio y aplauda el incesto, traidores, ingratos sin honor ni ley, dignos de proteger a un malvado como tú.

HIPÓLITO.— ¿Me tratáis aún de incestuoso y de adúltero? Me callo. Sin embargo, señor, Fedra nació de una madre, Fedra pertenece a una estirpe, vos lo sabéis demasiado bien, más colmada que la mía de tales horrores.

TESEO.— ¿Qué? ¿Tu rabia pierde todo recato a mis ojos? Por última vez: apártate de mi vista; sal, traidor. No esperes que un padre enfurecido te haga arrancar vergonzosamente de estos parajes.

Escena Tercera

Teseo (solo)

TESEO.— Miserable, corres a tu pérdida. Jurando por el río terrible para los mismos Dioses, Neptuno me dio su palabra y va a cumplirla. Te sigue un dios vengador de quien no puedes huir. Yo te amaba; y siento que, a pesar de tu ofensa, mis entrañas se conmueven de antemano por ti. Pero con exceso me has obligado a condenarte. ¿Hubo alguna vez padre más ultrajado? Justos Dioses, que veis el dolor que me agobia, ¿pude yo engendrar hijo tan culpable?

Escena Cuarta

Fedra, Teseo

FEDRA.— Señor, vengo a vos, llena de justo horror. Llegó hasta mí vuestra voz temible. Perdonad a vuestra raza, si aún es tiempo. Temo que a la amenaza haya seguido un pronto desenlace. Respetad vuestra sangre, me atrevo a suplicároslo. Salvadme del espanto de oírla gemir; no me preparéis el eterno dolor de haberla hecho derramar por las manos paternas.

TESEO.— No, señora, mi mano no se ha mojado en mí sangre; pero no por ello escapará de mí el ingrato. Una mano inmortal se encarga de perderlo. Neptuno me lo debe y quedaréis vengada.

FEDRA.— ¡Neptuno os lo debe! ¡Qué! Vuestros irritados votos...

TESEO.— ¡Qué! ¿Teméis ya que sean escuchados? Uníos más bien a mis legítimos ruegos. Recordadme tus crímenes en toda su negrura. Exaltad mis transportes demasiado lentos, demasiado retenidos. Todavía no conocéis todos sus crímenes: su furor se expande en injurias contra vos: vuestra boca, según él, está llena de imposturas; sostiene que Aricia es dueña de su corazón y de su fe, que la ama.

FEDRA.— ¿Cómo, señor?

TESEO.— Lo ha afirmado ante mí. Pero sé rechazar un frívolo artificio. Esperemos en la rápida justicia de Neptuno. Yo mismo voy ahora al pie de sus aras, para instarlo a que cumpla sus inmortales juramentos.

Escena Quinta

Fedra (sola)

FEDRA.— Se va. ¿Qué nueva hirió mi oído? ¿Qué fuego mal ahogado despierta en mi corazón? ¡Qué rayo, oh cielos, y qué infausto anuncio! Yo volaba íntegramente en socorro de su hijo, y, arrancándome a los brazos de la espantada Enona, cedía al remordimiento que me tortura. ¿Quién sabe hasta dónde me hubiera llevado ese arrepentimiento? Quizás hubiera consentido en acusarme; quizás, si no me faltara la voz, la terrible verdad se me hubiera escapado. ¡Hipólito es sensible, y nada siente por mí! ¡Aricia es dueña de su corazón! ¡Aricia tiene su fe! ¡Ah, Dioses! Cuando el ingrato se armaba inexorablemente contra mis anhelos de tan fieras miradas, de aspecto tan temible, pensé que su corazón, siempre cerrado al amor, estaba igualmente armado contra todo mi sexo. Otra, sin embargo, ha vencido su audacia; otra ha encontrado gracia a sus crueles ojos. Quizás tiene un corazón fácil de enternecer y yo soy la única a quien no soporta. ¿Y me echaré encima el cuidado de defenderlo?

Escena Sexta

Fedra, Enona

FEDRA.— Querida Enona ¿sabes de lo que acabo de enterarme?

ENONA.— No; pero, la verdad, vengo temblando. Palidezco ante el designio que os hizo alejaros; temo un furor fatal para vos misma.

FEDRA.— ¿Quién lo creyera, Enona? Tenía una rival.

ENONA.— ¿Cómo?

FEDRA.— Hipólito ama, y no lo sospeché siquiera. Ese feroz e indomable enemigo a quien el respeto ofendía y a quien importunaba la queja, ese tigre a quien nunca pude abordar sin miedo, acepta un vencedor, sumiso y domesticado: Aricia encontró el camino de su corazón.

ENONA.— ¿Aricia?

FEDRA.— ¡Ah, dolor aún no probado! ¡Para qué nuevo tormento fui reservada! Todo lo que he sufrido, mi temor, mis transportes, el furor de mi pasión, el horror de mis remordimientos, y la insoportable injuria de un cruel rechazo, no eran más que débiles ensayos del tormento que me destroza. ¡Se aman! ¿Con qué hechizo han engañado mis ojos? ¿Cómo se vieron? ¿Desde cuándo? ¿En qué sitios? Tú lo sabías. ¿Por qué me dejaste engañarme? ¿No podías enterarme de su ardor furtivo? ¿Se les ha visto hablarse, buscarse a menudo? ¿Iban a esconderse en el fondo de los bosques? ¡Ay!, se veían con todo derecho. El cielo aprobaba la inocencia de sus suspiros; sin remordimientos se entregaban a su inclinación amorosa; cada día se alzaba claro y sereno para ellos. Y yo triste desecho de la naturaleza toda, me ocultaba del día, huía la luz, la muerte era el único dios que me atrevía a implorar. Aguardaba el momento de expirar, nutriéndome de hiel, alimentada en llanto, vigilada demasiado de cerca hasta en mi desdicha, no me atrevía a ahogarme a gusto en mis lágrimas: saboreaba temblando ese placer funesto; disfrazando mis angustias bajo mi serena frente, necesitaba a menudo privarme hasta de mi llanto.

ENONA.— ¿Qué provecho obtendrán de sus vanos amores? Ya no se verán más.

FEDRA.— Pero se amarán siempre. En el mismo momento en que hablo ¡ah!, mortal ideal desafían el furor de una amante insensata. Pese al destierro que va a separarlos, se juran mil veces no abandonarse. No, no puedo soportar una dicha que me ofende, Enona. Ten piedad de mi celosa rabia. Hay que perder a Aricia. Hay que reavivar el enojo de mi esposo contra su odiada sangre. Que no se limite a ligeras penas: sobrepasa al de los hermanos el crimen de la hermana. Quiero suplicarle en mis celosos transportes. Pero ¿qué hago? ¿Dónde se extravía mi razón? ¡Yo celosa! ¡Y es a Teseo a quien suplico! ¡Mi esposo está vivo y aún me abraso! ¿Por quién? ¿Cuál es el corazón que mis deseos pretenden? Cada palabra me eriza los cabellos. Desde hoy mis crímenes colman toda medida. Exhalo a la vez incesto e impostura. Mis homicidas manos, prestas a vengarme, por hundirse en la sangre inocente. ¡Desgraciada! ¡Y vivo! ¿Y soporto la luz de ese sagrado Sol de quien desciendo? Mi abuelo es el padre y señor de los Dioses: el cielo, todo el universo, llenos están de mis ascendientes. ¿Dónde ocultarme? Huyamos a la noche del infierno. ¿Pero qué digo? Mi padre rige allí la fatídica urna; dicen que la suerte la ha puesto en sus severas manos: Minos juzga en los infiernos a los pálidos hombres. ¡Ah!, ¿de qué modo se estremecerá su espantada sombra cuando vea a su hija presentarse a sus ojos, obligada a confesare tantas ruindades diversas, y crímenes acaso desconocidos?, ¡en los infiernos! ¿Qué dirás tú, padre mío, ante ese horrible espectáculo? Creo ver la terrible urna caer de tu mano; creo verte, buscando un nuevo suplicio, convertirte en el verdugo de tu propia sangre. Perdona. Un dios cruel ha perdido a los tuyos; reconoce su venganza en el furor de tu hija. ¡Ay!, del crimen atroz cuya vergüenza me acosa, nunca mi triste corazón recogió el fruto. Perseguida por la desgracia hasta el último suspiro, entrego mí penosa vida entre tormentos.

ENONA.— Oh, deseched señora, terror tan injustificado. Mirad vuestro excusable error con otros ojos. Vos amáis; y es imposible vencer al propio destino. Fuisteis arrastrada por un fatal sortilegio. ¿Acaso es esto prodigio desconocido entre nosotros? ¿El amor no ha triunfado todavía más que sobre vos? Mortal, sufristeis la suerte de los mortales. Demasiado natural es la debilidad de los hombres. Os quejáis de un yugo impuesto desde hace largo tiempo: los Dioses, los mismos Dioses, habitantes del Olimpo, que espantan los crímenes con

ostentación tan tremenda, han ardidado alguna vez con fuegos legítimos.

FEDRA.— ¿Qué oigo? ¿Qué consejos se atreven a darme? ¿Así, quieres, pues, envenenarme hasta lo último, desdichada? Mira cómo me has perdido. Cuando yo escapaba, fuiste tú quien me entregaste. Tus ruegos me hicieron olvidar mi deber. Evitaba a Hipólito, y tú lo pusiste ante mi vista. ¿De qué te encargabas? ¿Por qué tu limpia boca osó, acusándolo, ennegrecer su vida? Quizás morirá por ello, y quizás fue concedido ya el ruego sacrílego de un padre insensato. No te escucho más. Vete, monstruo execrable: ve, déjame el cuidado de mi deplorable suerte. ¡Pueda dignamente pagarte el cielo, y pueda tu suplicio espantar por siempre a cuantos como tú, con mañas cobardes, fomentan las flaquezas de los desdichados príncipes, los empujan por la pendiente donde resbala su corazón, y osan facilitarles el camino del crimen, aduladores detestables: que son el más funesto presente que la cólera de los cielos haya podido hacer a los reyes!

ENONA.— (*Sola*). ¡Ah, Dioses! Por servirla lo hice todo, todo lo abandoné; ¿y éste es el premio que recibo? Bien me lo merezco.

ΔΑΚΤΟ ΡΟΥΝΤΟ

Escena Primera

Hipólito, Aricia

ARICIA.— ¿Cómo podéis callaros en tan extremo peligro? ¿Dejáis en el error a un padre que os ama? Cruel, si despreciando el poder de mis lágrimas aceptáis sin pena no volver a verme, partid, separaos de la triste Aricia; pero, al partir, al menos asegurad vuestra vida. Defended vuestro honor de un vergonzoso reproche y forzad a vuestro padre a revocar sus votos. Es tiempo todavía. ¿Por qué, por qué capricho dejáis el campo libre a vuestra acusadora? Hablad claro a Teseo.

HIPÓLITO.— ¡Ah! ¡Qué no le habré dicho! ¿Hubiera debido poner en claro el oprobio de su lecho? Haciéndole un relato demasiado sincero ¿debía cubrir con indigno rubor la frente de un padre? Vos sola habéis penetrado este misterio odioso. Para confiarse, mi corazón sólo os tiene a vos y a los Dioses. Pensad si os amo, que no he podido ocultaros lo que quería yo ocultarme a mí mismo. Pero advertid bajo qué secreto os lo he revelado. Si es posible, olvidad que os hablé, señora, y jamás tan pura boca se abra para narrar esta horrible aventura. Osemos confiar en la equidad de los Dioses; ellos están demasiado interesados en justificarme; y Fedra, castigada por su crimen tarde o temprano, no podrá evitar tan justa ignominia. Es el único respeto que de vos exijo. Todo lo demás lo permito a mi libre enojo. Salid de la esclavitud a que estáis reducida; atrevéos a seguirme, atrevéos a acompañar mi fuga; arrancáos a un lugar funesto y profanado, donde la virtud respira aires ponzoñosos; para ocultar vuestra inmediata huida, aprovecháos de la confusión que aquí produce mi desgracia. Yo puedo aseguraros la manera de huir. No hay aquí otros guardias que los míos; abrazarán nuestro partido poderosos defensores; Argos nos tiende los brazos y Esparta nos llama: llevemos a nuestros amigos comunes nuestras justificadas protestas; no soporte más que Fedra, reuniendo nuestros despojos, nos arroje al uno y a la otra del trono paterno y prometa a su hijo la usurpación hecha a ambos. La ocasión es buena y hay que aprovecharla. ¿Qué miedo os retiene? ¿Parecéis vacilar? Sólo vuestro interés me inspira esta audacia. ¿Por qué ese aire helado cuando yo soy todo fuego? ¿Teméis unir vuestros pasos a los de un desterrado?

ARICIA.— ¡Ay, señor! ¡Qué dulce me sería tal destierro! Olvidada del resto de los mortales ¡en medio de qué dulzura viviría ligada a vuestra suerte! Pero no estando unidos por aquel dulce lazo ¿puedo huir con honor en vuestra compañía? Sé que puedo libertarme de las manos de vuestro padre sin faltar al honor más severo: esto no es escapar del seno de los míos; la fuga es permitida a quien huye de sus tiranos. Pero vos me amáis, señor y mi modestia alarmada...

HIPÓLITO.— No, no, tengo demasiado interés en vuestra reputación. Me trae ante vos un designio más noble: huid de mis enemigos siguiendo a vuestro esposo, libertados por nuestras desdichas, ya que lo ordena el cielo, la entrega de nuestra fe no depende de nadie. No siempre el himeneo está cercado de antorchas. A las puertas de Trecene y entre aquellas tumbas, sepulcros antiguos de los príncipes de mi raza, existe un sagrado templo, terrible ante los perjuros. Allí los mortales no se atreven a jurar en vano; el pérfido recibe en él un inmediato castigo; y, temiendo encontrar una muerte inevitable, la mentira no conoce más temible freno. Allí, si me creéis, iremos a confirmar el juramento solemne de un imperecedero amor; tomaremos por testigo al dios que allí se adora, rogándole ambos que nos sirva de padre. Yo invocaré a los más sacros Dioses, la casta Diana y la augusta Juno, y todos los Dioses, en fin, testigos de nuestra ternura, garantizarán la fe de mis santas promesas.

ARICIA.— Viene el Rey. Príncipe, huid, partid enseguida. Me quedaré aquí un momento para ocultar mi marcha. Id, y dejadme algún guía fiel que conduzca hasta vos mis tímidos pasos.

Escena Segunda

Teseo, Aricia, Lismena

TESEO.— ¡Dioses! ¡Esclareced mi turbación, y dignaos mostrar a mis ojos la verdad que busco en este sitio!

ARICIA.— Piensa en todo, querida Ismena, y disponte para la fuga.

Escena Tercera

Teseo, Aricia

TESEO.— ¡Señora, cambiáis de color y parecéis desconcertada! ¿Qué hacia Hipólito en este sitio?

ARICIA.— Señor, me daba un adiós eterno.

TESEO.— Vuestros ojos han sabido domar ese corazón rebelde y sus primeros suspiros son vuestra feliz hazaña.

ARICIA.— Señor, no puedo negaros la verdad; él no ha heredado vuestro injusto odio, ni me trataba como a una criminal.

TESEO.— Comprendo: os juraba un eterno amor. Pero no confiéis en ese corazón inconstante, porque tanto como a vos les juraba a otras.

ARICIA.— ¿Él, señor?

TESEO.— Debierais volverlo menos versátil: ¿cómo soportabais ese horrible reparto?

ARICIA.— ¿Y cómo soportáis vos que con horribles palabras osen enturbiar el curso de tan hermosa vida? ¿Conocéis tan poco su corazón? ¿Tan mal discernís el crimen y la inocencia? ¿Es posible que sólo para vuestros ojos oculte una odiosa nube su virtud, que para todos los demás brilla? Ah, basta ya de entregarlo a pérfidas lenguas. Deteneós: arrepentíos de vuestros votos homicidas; temed, señor, temed que el cielo riguroso os odie tanto, que escuche vuestras súplicas. Muchas veces acepta encolerizado nuestras víctimas; sus presentes son a menudo la pena de nuestros crímenes.

TESEO.— No, inútilmente queréis disculpar su crimen: vuestro amor os ciega en favor del ingrato. Pero yo creo en testimonios ciertos, irrecusables: yo he visto, he visto correr lágrimas verdaderas.

ARICIA.— Tened cuidado, señor. Vuestras invencibles manos han libertado a los hombres de monstruos sin cuento; pero no todos han sido

exterminados, y vos dejáis vivir uno. Señor, vuestro hijo me prohíbe continuar. Conozco el respeto que quiere guardaros, y lo afligirla demasiado si osara seguir. ¡Miro su pudor y huyo de vuestra presencia para no verme forzada a violar mi secreto!

Escena Cuarta

Teseo (solo)

TESEO.— *(Solo)*. ¿Cuál es pues, su pensamiento? ¿Y qué ocultan razones comenzadas tantas veces y siempre interrumpidas? ¿Quieren desconcertarme con ficciones vanas? ¿Están de acuerdo ambos para hundirme en cavilaciones? Pero yo mismo, pese a mi rigor severo, ¿qué plañidera voz escucho en el fondo de mi corazón? Una piedad secreta me ensombrece y me aflige. Interroguemos por segunda vez a Enona. Quiero estar mejor informado de todo el crimen. Guardias, que salga Enona y que se presente sola ante mí.

Escena Quinta

Teseo, Pánope

PÁNOPE.— Señor, ignoro el proyecto que medita la Reina, pero todo lo temo del transporte que la sacude. Una mortal desesperación se pinta en su rostro; su tez muestra ya el color de la muerte. Expulsada ignominiosamente de su presencia, Enona se ha lanzado al profundo mar. Nadie sabe de qué provino esa determinación furiosa, y las olas la arrebataron a nuestros ojos para siempre.

TESEO.— ¿Qué oigo?

PÁNOPE.— Su muerte no ha calmado a la Reina; por el contrario, parece crecer la turbación en su vacilante espíritu. Por momentos, para entretener sus secretos dolores, toma a sus hijos y los baña en lágrimas, pero repentinamente, renunciando al amor materno, su mano los rechaza con horror lejos de sí. Dirige al azar sus pasos indecisos; no nos reconocen ya sus ojos extraviados. Tres veces ha escrito, pero, cambiando de idea, ha roto tres veces la carta empezada. Dignáos verla señor; dignaos acudir en su socorro.

TESEO.— ¡Cielos! ¿Enona ha muerto y Fedra quiere morir? Que se llame a mi hijo, ¡que venga a defenderse! Que venga a hablarme, estoy pronto a oírlo. Neptuno, no apresures tus funestos favores; prefiero no ser escuchado nunca. Tal vez creí demasiado a testigos poco veraces, y demasiado pronto levanté hacia ti mis manos crueles. ¡Ah, qué desesperación seguirá a mis ruegos!

Escena Sexta

Teseo, Terámenes

TESEO.— ¿Eres tú, Terámenes? ¿Qué has hecho de mi hijo? Te lo he confiado desde la edad más tierna. Pero ¿de qué provienen las lágrimas que te veo derramar? ¿Qué hace mi hijo?

TERÁMENES.— ¡Oh cuidados tardíos y superfluos! ¡Ternura inútil! ¡Hipólito no existe ya!

TESEO.— ¡Dioses!

TERÁMENES.— He visto perecer al más amable de los mortales, y también, señor, me atrevo a decíroslo, al menos culpable.

TESEO.— ¿Mi hijo ya no existe? ¿Cómo? ¿Cuando le tiendo los brazos, los Dioses impacientes han apurado su muerte? ¿Qué golpe me lo arrebató? ¿Qué súbito rayo?

TERÁMENES.— Acabábamos de salir de las puertas de Trecene él iba en su carro: afligida, su guardia imitaba su silencio agrupada a su alrededor; él seguía el camino de Micenas, absorto en sus pensamientos; y su mano dejaba sueltas las riendas. Sus magníficos corceles, que otras veces vimos obedecer su voz con ardor tan noble, baja la testa ahora y opaca la mirada, parecían conformarse a su decaído ánimo. En ese momento, un espantoso grito, salido del fondo de las olas, turbó la calma del ambiente; y del fondo de la tierra una voz estentórea respondió gimiendo al temible grito. La sangre se nos heló en el corazón, en tanto se erizaba la crin de los atentos corceles. Mientras, sobre el dorso de la líquida llanura, se eleva a grandes borbotones una húmeda montaña; aproximase la onda, se quiebra y vomita a nuestros ojos, entre torrentes de espuma, un monstruo enfurecido. Armada está su ancha frente de amenazantes cuernos; revestido su cuerpo de escamas amarillentas; toro indomable, dragón impetuoso, curva su grupa en sinuosos repliegues. Ante sus largos mugidos tiembla la ribera. Mira el cielo con horror tan salvaje monstruo; conmuévase la tierra, el aire se infecta, la ola que lo trajo retrocede espantada. Todo huye; sin armarnos de inútil valor, buscamos refugio en el cercano

templo. Sólo Hipólito, digno hijo de un héroe, detiene sus caballos, toma la jabalina, enfrenta al monstruo, y, lanzando el dardo con mano segura le abre en el costado una ancha herida. Entre saltos de rabia y de dolor, el monstruo cae mugiendo al pie de los caballos, se enrosca, y les presenta las inflamadas fauces, cubriéndolos de fuego, de humo y de sangre. El terror los enloquece; sordos ahora, no reconocen ya ni la voz ni la brida. En esfuerzos inútiles consúmese su amo; ellos enrojecen el freno con ensangrentada espuma. Cuentan que hasta se vio, en ese desorden espantoso, un dios que aguijoneaba sus flancos polvorientos. El terror los precipita contra las rocas; chillan y se rompen los ejes. El intrépido Hipólito ve volar en pedazos su carro deshecho; y él mismo cae enredado en las riendas. Perdonad mi dolor. Esa cruel imagen será para mí fuente eterna de llanto. Yo he visto, señor, he visto a vuestro desgraciado hijo arrastrado por los caballos que su propia mano había alimentado. Quiere llamarlos y su voz los espanta; corren. Bien pronto no es más que una llaga todo su cuerpo. La llanura resuena con nuestros dolorosos clamores. Modérase por fin su impetuoso arrebato: se detienen cerca de esas antiguas tumbas donde duermen las reliquias frías de sus reales abuelos. Corro allí suspirando; su guardia me sigue. Nos guía el rastro de su generosa sangre; tintas en ella están las rocas; las húmedas zarzas muestran los ensangrentados despojos de sus cabellos. Llego, lo llamo y, tendiéndome la mano, abre sus ojos, agonizantes, que enseguida cierra. El cielo me arranca, dijo, una vida inocente. Protege, después que yo muera, a la triste Aricia. Caro amigo, si algún día mi padre, desengañado, lamenta la desgracia de un hijo acusado falsamente, para apaciguar mi sangre y mi plañidera sombra dile que trate con dulzura a su cautiva; que le devuelva... Expiró el héroe tras esta palabra, y no dejó entre mis brazos más que un cuerpo desfigurado, triste despojo de la cólera de los Dioses, que desconocerían hasta los mismos ojos de su padre.

TESEO.— ¡Oh hijo mío! ¡Cara esperanza que yo mismo me arrebaté!
¡Inexorables Dioses, demasiado me servisteis! ¡Qué remordimientos mortales esperan a mi vida!

TERÁMENES.— Llegó entonces la tímida Aricia. Venía, señor, huyendo de vuestra cólera, a aceptarle por esposo a la faz de los Dioses. Se aproxima: ve la hierba humeante y roja; ve (¡qué espectáculo para los ojos de una enamorada!) a Hipólito yacente, informe y blanco. Durante algún tiempo no quiere admitir su desdicha; no reconociendo

ya al héroe que adora, ve a Hipólito y todavía pregunta por él. Pero demasiado segura finalmente de que está ante sus ojos, acusa a los Dioses con una triste mirada; y fría, gimiendo, sin sentido, cae desmayada a los pies de su amante. Junto a ella está Ismena; Ismena, que, bañada en llanto, la hace volver a la vida o mejor a su desventura. Y yo he venido, detestando la luz del día, a transmitir la última voluntad de un héroe, y a cumplir, señor, el desgraciado mensaje que depositó en mí su corazón expirante. Pero veo que se acerca su mortal enemiga.

Escena Séptima

Teseo, Fedra, Terárnenes, Pánope, Guardias

TESEO.— ¡Y bien! Vos triunfáis, mi hijo ya no existe. ¡Ah, cuánto debo temer! ¡Y qué cruel sospecha, absolviéndolo en mi corazón, con justicia me alarma! Pero, señora, ha muerto, recibid vuestra víctima: gozad con su pérdida, legítima o injusta. Acepto que mis ojos se hayan engañado siempre. Lo creo criminal, puesto que sois vos quien lo acusa. Su muerte ofrece motivo suficiente para mi llanto, sin que vaya a buscar revelaciones odiosas, que no pudiendo devolverlo a mí justificado dolor, quizá no harían más que acrecentar mi desdicha. Dejadme, lejos de vos y lejos de estas riberas, escapar de la ensangrentada visión de mi hijo destrozado. Confuso, perseguido por un remordimiento mortal, querría desterrarme del universo. Todo parece levantarse contra mi injusticia. Hasta la gloria de mi nombre acrece mi suplicio. Me ocultaría mejor y si fuese menos conocido de los hombres. Odio hasta los privilegios con que me honran los Dioses, y me retiraré a llorar sus mortíferos favores, sin cansarlos más con inútiles plegarias. Cualquier cosa que por mí hicieran, toda su funesta bondad no podría pagarme lo que me han quitado.

FEDRA.— No, Teseo, hay que romper un injusto silencio: hay que devolver la inocencia a vuestro hijo. Él no era culpable.

TESEO.— ¡Ah! ¡Padre infortunado! ¡Y lo condené fiando en vos! Cruel, pensáis que eso basta a perdonaros...

FEDRA.— Los momentos me son preciosos; escuchadme, Teseo. Fui yo quien sobre ese hijo, casto y respetuoso, me atreví arrojar incestuosas e impías miradas. El cielo puso en mi corazón una pasión funesta, y la destable Enona hizo lo demás. Temió ella que Hipólito, conociendo mis furores, descubriera un fuego que lo horrorizaba, y abusando de mi debilidad extrema, se apresuró la pérfida a acusarlo a él mismo ante vos. Ya ha encontrado su propio castigo, y huyendo de mi enojo, ha buscado en las olas un suplicio demasiado suave. El hierro hubiera cortado ya mi suerte, pero yo dejaba gemir a la sospechada virtud, y he querido, exponiendo ante vos mis remordimientos, descender a la muerte por más largo camino. He tomado y he hecho correr en mis

ardientes venas un veneno que Medea trajo de Atenas. Llegando ya a mi corazón, en mi corazón moribundo pone ese veneno un frío desconocido; ya sólo a través de una nube veo el cielo y el esposo a quien mi presencia ultraja; y la muerte, que despoja de claridad a mis ojos, restituye su pureza a la luz del día que manchaban.

PÁNOPE.— ¡Se muere, señor!

TESEO.— ¡Así pudiera morir con ella el recuerdo de acción tan infame! Demasiado convencido ¡ay!, de mi error, vamos a mezclar nuestras lágrimas con la sangre de mi desventurado hijo. Vamos a abrazar lo que queda de ese hijo amado, a expiar la furia de un voto que detesto. Rindámosle aquí los honores que tanto mereció; y, para sosegar mejor sus irritados manes, que su amante, a pesar de las tramas de una familia injusta, ocupe desde hoy junto a mí lugar de hija.



JEAN-BAPTISTE RACINE (La Ferté-Milon, 1639 - París, 1699), fue un dramaturgo francés del Neoclasicismo. Se le considera, junto a Pierre Corneille, el mayor exponente de la tragedia clásica francesa.

Huérfano desde muy joven, fue educado por sus abuelos en la tradición jansenista. Estudió en las escuelas de Port-Royal de 1655 a 1658, año en que inició sus estudios de filosofía en el colegio D´Harcourt de París. A medida que se alejó de la influencia de sus antiguos maestros se introdujo en círculos de literatos y vividores y compuso, entre 1659 y 1660, una oda y dos tragedias que se han perdido. Permaneció hasta 1663 en Uzès, donde inició la carrera eclesiástica, tal como deseaba su familia, pero acabó por abandonar los estudios y marchó a París con la intención de dedicarse a la literatura.

Sus primeras obras, *La Tebaida* y *Alejandro*, fueron representadas por la compañía de Molière, y, aunque no cosecharon un éxito espectacular, sí le valieron cierto renombre. Descontento con el montaje de la segunda, Racine la encargó luego a la compañía del Hôtel de Borgoña, rivales de Molière, lo cual fue el origen del conflicto entre ambos. El año 1666 marcó el principio de otra larga polémica, esta vez entre el dramaturgo y Port-Royal.

En 1667, el Hôtel de Borgoña, que sería desde entonces la compañía habitual de Racine, presentó *Andrómaca*, la primera de sus grandes obras, con la que se convirtió en un serio rival para el famoso y consagrado Corneille. Desde este momento surgió en torno a ambos una controversia sobre sus talentos y méritos respectivos que

dividió profundamente a la opinión pública. Partidarios de uno y de otro intercambiaron numerosos epigramas que movieron a Racine a contestar a sus detractores con *Los litigantes*, su única comedia. *Británico*, en 1669, fue considerado como un ataque directo a Corneille, pues trataba un tema familiar en la obra de éste; a pesar de su escaso éxito inicial, el apoyo del rey y de la corte suavizó las críticas y la obra acabó por triunfar.

En 1670, tras el fracaso del *Tito y Berenice* de Corneille, Racine impuso su *Berenice*, sobre el mismo tema, cuyo éxito lo consagró como trágico real. Siempre respaldado por la aristocracia, alcanzó la cumbre de su gloria literaria entre 1672 y 1675 (*Bayaceto*, *Mitrídates*, *Ifigenia*). Su carrera culminó con su admisión, en 1672, en la Academia Francesa. En 1676 publicó una recopilación de sus obras completas que incluía ciertas modificaciones de los textos.